

a las vacas enfermas y a los novillos tiernos,  
mientras rasgando nimbos de claridades blancas,  
elevan a la Luna su círculo de cuernos.

Cruje la arena móvil bajo la garra fuerte;  
se encurva cautetosa la sombra de la flera..

Se oye latir el bárbaro corazón de la Muerte,  
y en todo flota el trágico silencio de la espera...

¡Vuela alazán!... Devora las arenas, que antes  
que se ponga la Luna tras los montes lejanos,

la amada nos aguarda... ¡Tus flancos jadeantes  
premiará con las dulces caricias de sus manos!

¡Cruza como una flecha los áridos confines  
devorando las horas en tu galope experto,  
que te espera su mano, para adornar tus crines  
con ramos de las flores más bellas del Desierto!»

Pero Fátima permanecía insensible a todas las  
mágicas seducciones del amor, y las músicas en  
el misterio constelado de la noche con los últimos  
rayos de la Luna; y las poesías se deshojaban en  
el silencio de los jardines con los postreros cál-  
ices de las flores; y las joyas y las preseas se  
amontonaban como inútiles trofeos, en las sun-  
tuosas alcatifas de sus camarines.

Su corazón era como un cubil donde el león del  
tedio bostezaba de artura.

En vano sus esclavas, sobre las pieles más cos-  
tosas de la India, danzaban esas danzas maravi-  
llosas que aprendieron de las sagradas bayaderas,  
en las frondosas márgenes del Ganges, bajo el en-  
canto de oro y jaspe de los altos y calados pórticos  
de pagodas de ensueño.

En vano el incienso, la mirra y el benjuí se des-  
hacían en azuladas y fragantes espirales de ener-

vantes aromas, en los pebeteros de plata cubier-  
tos de piedras preciosas.

Nada vencía su indiferencia desdeñosa ni hacía  
asomar la sonrisa a sus labios.

Solamente, cuando reclinada sobre los blandos  
almohadones de plumas de cisne forrados de da-  
masco y adornados de piedras preciosas, contem-  
plaba en el fondo nítido y resplandeciente de un  
espejo de plata que sostenía una sierva, arrodilla-  
da a sus plantas, el encanto pleno de juventud y  
de gracia de su propia belleza, sonreía como ex-  
tasiada, mientras sus esclavas tañían las arpas y  
los laúdes, las cítaras y las nubelias, y del techo,  
abovedado y resplandeciente de estrellas de oro,  
como los cielos de la Arabia, llovían las más ra-  
ras esencias y los pétalos más suaves y frescos de  
las flores más fragantes.

Un día, la fama de su hermosura llegó a oídos  
del Califa Al-Motadid, el cual, impresionado por  
lo que todo el mundo proclamaba como un verda-  
dero prodigio, mandó llamar al padre de la don-  
cella, y le dijo, con un leve dejo de ironía en  
su voz:

—¡Me han dicho, mi noble deudo Abdemelik,  
que tu hija Fátima supera en hermosura a las mis-  
mas huríes del Paraíso!

En mi harén las mujeres son ya para mis ojos  
como cosas sin alma y sin vida...

Necesito una flor fresca y viva que vuelva a  
encender la sangre en mis venas apagadas y re-  
anime los últimos res coldos de esta juventud que  
se marchita...

Tráeme mañana mismo a tu hija, y yo te recom-

pensaré, en cambio, con la mejor ciudad de mis dominios, el cargo más honroso de mi Corte y el potro más ligero de mis caballerizas.

Abdemelik inclinó la frente hasta tocar el suelo, y así postrado, murmuró:

—¡Cúmplase en todo tu soberana voluntad, noble Emir de los creyentes!...

Y haciendo respetuosas zalemas, salió del regio salón del Alcazar sin volver la espalda al Califa.

A la mañana siguiente Fátima, resplandeciente de belleza, se presentó ante Al-Motadid, engalanada con todas sus joyas, como una diosa que desciende de su tabernáculo.

Mas apenas sus ojos se encontraron con las pupilas fatales, sintió arder su corazón como si le devorase una boca de llamas.

Y desde entonces Fátima, la belleza insensible y fría a todas las seducciones del amor, se fué disipando, consumiéndose, en un frenesí loco de amor, bajo la mirada penetrante y cruel de aquellos ojos fatales.

Y su belleza se ajó, se deshizo en una vejez prematura y en una palidez de enferma...

De sus dedos y de sus brazos se caían por sí mismos los anillos y los brazaletes...

Y un día, al contemplarse, después de mucho tiempo, en su espejo de plata, se encontró tan variada, tan otra, que se deshizo en lágrimas y cayó desmayada en brazos de sus esclavas.

Y así murió, bajo el fúnebre influjo de las pupilas malditas, la más bella de las mujeres del Oriente, aquella que todos los hombres reputaban como la más hermosa huri del Paraíso.

## VI

El reino entero parecía sentir el maléfico influjo de los ojos del Califa, como si la maldición de los cielos hubiese caído sobre todos sus dominios, devastándolos.

Los pobres labradores desuncian sus yuntas y abandonaban sus tierras, porque se habían tornado estériles a la roturación fecunda y generosa del arado.

En vano, en un amplio gesto patriarcal de sembradores habían derramado a manos llenas las simientes vivas sobre los surcos recién abiertos, húmedos aún con el sudor de su esfuerzo desesperado.

Las simientes se perdían sin dar siquiera la esperanza de una cosecha futura, como si las hubiesen arrojado sobre la dureza inhumana de los desnudos roquedos.

Y las hoces se enmohecían como armas inútiles en los rincones de sus cabañas, esperando en vano la hora cálida y alegre de la siega.

Los olivos y los granados, los naranjos y las higueras se secaban en las laderas de los huertos y en los verdes pomares, sin dar fruto, como plantas malditas.

Las puertas de los molinos estaban cerradas, y en vano el agua rumorosa y espejeante en los floridos cauces de las acequias entonaba, bajo las ala-

medas y los mimbrales, su clara y fresca canción, donde había nostalgias de harina blanca y saudades de plácidos idilos molineros.

El hambre había asomado su faz amarillenta y demacrada, aun entre el bullicio y la algazara de las ciudades más populosas, y los morales no daban hojas para alimentar a los gusanos de la seda, y los telares permanecían silenciosos y las forjas apagadas.

Las caravanas que iban al Oriente esparcieron por las más apartadas regiones del reino las infaustas nuevas y el poder destructor e infernal de las pupilas malditas.

Los solitarios, en la hosquedad silenciosa de sus retiros, postrados en el suelo, con los ojos y los brazos tendidos hacia la Kaaba, impetraron del Cielo piedad y remedio para tantos y tantos males como abatían a los buenos creyentes del Islam.

Pero el Cielo permanecía sordo a los votos humanos.

En todos los ámbitos del Califato se hablaba diariamente de la negra fatalidad que pesaba sobre todo.

En voz baja, casi al oído, en las ciudades, por temor a la delación de algún espía.

Los beduínos se reunían a la hora del crepúsculo y en las noches de luna en las puertas de sus tiendas, y en vez de las antiguas kasidas de sus poetas, resonaba ahora la lamentación apagada y quejumbrosa de los males que diezmaban sus rebaños y esterilizaban las feraces y pródigas entrañas de sus oasis.

¿Quién encontraría un camino de salvación para tantos y tantos contratiempos?

¿Habría manera de acabar con aquel poder oculto y tenebroso que se había adueñado de las negras pupilas del Califa Al-Motadid, proyectando sobre la tierra la sombra devastadora de su maléfico influjo?...

Se consultaron a los más sabios astrólogos... Pero las estrellas permanecían mudas y los horóscopos se perdieron en las más vagas y contradictorias conjeturas.

Algunos afirmaban que el espíritu del Mal, el demonio sanguinario y cruel de las antiguas y feroces teogonías politeístas, se había refugiado en el misterio de aquellos ojos como una fiera monstruosa, que al sentirse malherida, se refugia en la profundidad de una caverna.

Otros, por el contrario, aseguraban que era el Arcángel de las venganzas, el de espada de fuego y túnica de llamas, el que vivía dentro de aquellas pupilas para castigar la impiedad de los hombres, y que hasta el día en que no quedase un réprobo no dejaría su asilo fatal.

Algunos confiaban en la ciencia oculta de los nigromantes judíos o en el poder milagroso de los fakires, que se alimentan de raíces, en las remotas regiones de la India.

Y los pueblos, prestos siempre en su inocencia a dar oído y crédito a las cosas sobrenaturales, mandaron comisionados al interior del país, donde viven aún los nigromantes judíos, y a las riberas del Ganges donde habitan los fakires. Pero los comisionados, después de no pocos trabajos y vicisitu-

des en sus largas peregrinaciones, tornaron a sus ciudades y a sus tribus sin que los nigromantes ni los fakires hubiesen pronunciado ninguna palabra de salvación.

## V

El cheij Almanzur ben Abdalha era venerado en todo el reino por la rectitud inflexible de su conciencia y por la piedad inmensa de su alma, abierta siempre a la esperanza y al consuelo.

Su nombre se repetía de tribu en tribu, de aduar en aduar, con respetuoso fervor, entre loas de entusiasmo y homenajes de admiración.

—Es el espejo donde deben mirarse los verdaderos creyentes.

—¡La Verdad habla solamente por sus labios, puros de toda irreverencial!

—¡Es el único que conserva en su corazón la pureza y la fe de las antiguas costumbres!...

Su tienda se alzaba, a la sombra de los tamarindos del más fértil oasis de los desiertos del Irak, allí donde se cruzan los caminos de las caravanas que van a Damasco y de las que vienen de las tierras cenagosas y pródigas del Egipto.]

Todos acudían a ella como a un templo a buscar alivio para sus males y un bálsamo de resignación para las iniquidades de la vida.

—Dios no pudo haber encerrado en los ojos del Califa l-Motadid ningún misterio irrevolvable.

Revelado ha sido el misterio de aquellos ojos, y, roto el secreto, sólo se ha hallado las huellas del espíritu del Mal.

Dios no quiere ni puede desear el mal para el pueblo que le adora, sino que derrama sobre él, a manos llenas, todos los bienes de su magnificencia y de su gracia.

Su divino poder manda la lluvia cuando la tierra se muere de esteridad y de sed; envía el rocío para que los cálices se entreabran y las hojas tiernas adquieran fortaleza; ha colocado la Luna como una lámpara maravillosa para que los viajeros extraviados en los laberintos de un bosque encuentren la ruta perdida.

Todo en beneficio de los míseros mortales que, besando la tierra, acatan y bendicen su nombre.

Los ojos del Califa son la maldición y el exterminio.

Desde el fondo sombrío de aquellas pupilas, algún espíritu satánico se venga de la bondad y del bien, sin que nosotros podamos imaginarlo siquiera.

Así había hablado con extremada contricción el viejo Almanzur, bajo el lino de una tienda, cercado de algunos embalsamadores recién llegados de las fértiles tierras de Egipto, y de un noble mercader nómada que regresaba a su tribu desde el Adramud, con los camellos cargados con los más fabulosos y raros tesoros de la tierra.

Dijo el mercader con voz suave y perezosa, como si dejase escapar las palabras en un resbalar de seda entre la púrpura abultada de sus labios:

—Almanzur, si tu consejo liberta a nuestra tie-

rra de aquellos ojos inícuos, yo te regalaré los más preciosos dones del Oriente... Un pequeño ídolo de ámbar, cuyo poder alejará de ti todas las tentaciones diabólicas y ahuyentará con su olor a las serpientes que en el silencio nocturno penetran en nuestra tienda y se deslizan a lo largo de nuestros lechos para clavar su ponzoña en nuestro corazón.

Un viejo embalsamador añadió, acariciándose con sus manos esqueléticas sus largas barbas, entre cuyas tinieblas albeaban ya algunos mechones de canas:

—En la tumba de los Faraones he encontrado un anillo de oro con una extraña piedra, la cual, sumergida en el agua, tiene la rara virtud de difundir un suave olor a nardo.

Será tuyo el misterioso anillo si libras con tus consejos a nuestra tierra de la sombra nefasta de aquellos ojos infames.

Hubo un pequeño silencio, durante el cual todas las miradas interrogaron ansiosas al anciano.

—Oídme—repuso por fin Almanzur, alzando lentamente la cabeza—; el pequeño ídolo de ámbar que ahuyenta la desgracia, y el anillo, cuya extraña piedra perfuma el aire de nardo, nada me importan.

No quiero premios ni admito recompensas.

En mi corazón hay una profunda palpitación de amor y de piedad hacia nuestra gente.

Quisiera encontrar dentro de mi vieja experiencia el consejo más joven y más seguro para que pudiera librarnos de ese maleficio que ensombrece nuestra tierra y oscurece la alegría del sol como un fantasma, como una nube negra que se interpone entre la luz y nuestros ojos.

Donde el Califa Al-Motadid dirige las pupilas, allí reinan la esterilidad y el espanto.

El tiene un maldito fulgor humanizado en sus ojos. Nosotros debemos apagarlo.

Todos gritaron trazando gestos de amenazas en el aire, como si blandiesen sus aceros.

—¡Apaguemos ese fulgor!...

Almanzur, después de un prolongado silencio, en el cual pareció meditar profundamente, elevó sus ojos a lo más alto como si pidiese fuerzas a los cielos, y murmuró con voz grave y solemne:

—Huéspedes míos, adoradores fervientes de nuestro Dios, voy a confiaros un secreto que desde hace mucho tiempo guardo encerrado en el fondo de mi alma.

Oídme:

—Oraba yo una noche, postrado en lo más oculto de mi tienda, pidiéndole al cielo que nos libertase de la fatalidad de esos ojos crueles, cuando de repente una claridad suave y celeste iluminó mi retiro, y en el silencio nocturno me pareció oír una voz sobrehumana que murmuraba a mi oído.

—Los ojos de Al-Motadid no son, como creen algunos de nuestros magos, el esplendor, evidente de la onirodinia, sonambulismo e incubo al mismo tiempo, sino el perverso deslumbramiento de la maldad.

Y desde aquellas noches de plegaria, tanto se encendió mi fervor y tan firme se hizo en mi espíritu la esencia de la realidad de aquel sueño, que me decidí a buscar a Alí, el esclavo adolescente destinado por el Califa a servicios más familiares.

Alí era la única persona que podía ceñirle el amplio albornoz de seda negro. Solamente sus manos debían calzarle las espuelas de oro y suspender de su cinto de terciopelo negro bordado de plata, el rico y fino alfange, cuyo pomo era un milagro de pedrería.

Yo había educado, desde su más tierna infancia al bello adolescente en el amor de Dios, y sentía por mí un verdadero afecto filial.

Confiado en este cariño le abrí mi corazón, contándole mi sueño y convenciéndole a que librára a nuestra tierra del maleficio de aquellos ojos inícuos que proyectaban sobre ella la desolación de sus sombras.

Alí vigilaba constantemente el sueño del Califa, pero jamás osó en todo el tiempo en que estuvo a su servicio contemplarle cara a cara.

Esta respetuosa sumisión del esclavo habíale convertido en el favorito de Al-Motadid.

Yo induje al adolescente al gran gesto liberador; y un día oculté entre los pliegues de su túnica una pequeña ampolla de cristal, en la cual había encerrado un poderoso veneno capaz de corroer y apagar para siempre aquellos ojos fatales.

El esclavo debía, mientras el Califa se entregaba al sueño, verterlo rápidamente sobre los párpados.

Aquella noche, cuando el esclavo, descalzo para no hacer ruido, alzaba los ricos tapices del lecho de Al-Motadid y extendía ya el brazo, próximo a cumplir su misión libertadora, se quedó de súbito aterrado, ahogando un grito de espanto en su garganta, y la ampolla cayó de sus manos, derraman-

do sobre el mosaico del pavimento la corrosiva virtud de su veneno.

Al-Motadid le había sujetado por las muñecas incorporándose sobre el lecho, en un gesto frío y cruel de leopardo que al fin siente crujir entre sus garras la presa que durante mucho tiempo ha estado acechando.

El Califa veía a través de sus párpados. Su carne se entregaba al sueño, pero sus ojos permanecían vigilantes.

Al día siguiente, Alí, el esclavo adolescente predilecto de Al-Motadid, era arrojado al hambre y la ferocidad de los leones que en sus jaulas de hierro atemorizaban el silencio fragante de los jardines con el trueno retumbante y seco de sus rugidos.

Y desde entonces, todo el reino afirmó que el Califa Al-Motadid ve aun con los párpados cerrados, porque sus párpados han adquirido una transparencia de gasa.

—¡Pobre Alí...! Su muerte ha dejado un vacío tan profundo en mi corazón, que ningún otro afecto podrá llenarlo!—Suspiró en un hilo trémulo y quejumbroso de voz, apenas perceptible, el viejo Almazur.

Sus párpados se fueron cerrando lentamente, y su frente, agobiada por la tristeza infinita de aquel recuerdo, se inclinó dolorida entre la amarillenta lividez de sus manos exangües.

El silencio se prolongó en un grave y pesado recogimiento doloroso que contraía duramente los ceños y daba a todas las pupilas esa inmovilidad traslúcida que hace pensar en el éxtasis de los bienaventurados o en la locura infernal y roja de los poseídos.

Nada turbaba la inquietud angustiosa del momento. Sólo una débil brisa venida de los pomares del oasis, hacía ondular levemente los ricos tapices, derramando en el ambiente las fragancias melosas de los frutos maduros y la frescura casi humana de los nardos que se abrían en sus grandes ánforas de barro rojo, junto al brocal a la sombra azul y fecundante de los altos palmares, dorados de dátiles y sonoros de nidos.

Las golondrinas revolaban familiarmente dentro de la tienda, trazando, sobre las frentes inclinadas de meditaciones, la corona alegre y fugitiva de la sombra de sus vuelos...

## VI

De súbito, como si no pudiese contener en su corazón tanto y tanto dolor acumulado durante aquellos momentos de silenciosas meditaciones, el viejo cheij Almanzur se estremeció en una convulsión angustiosa...

De sus ojos, profundos y claros como esos pozos abiertos en la dureza de las rocas, en cuyo fondo se reflejan toda la luminosa poesía de los cielos, brotaron dos lentas lágrimas que, resbalando por sus mustias mejillas, fueron a perderse en la blancura ondulante y trémula de sus largas barbas patriarcales, como dos gotas de rocío en un manojo de lino...

Su voz se hizo un sollozo, y exclamó de nuevo,

doblando la frente sobre el pecho y cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Pobre Alí! ¡La Muerte, al segar en flor tu vida, me ha dejado como ciego sin lazarillo!

¿Dónde volveré yo a encontrar una tierra tan apta y tan fértil para recibir en su seno todas las simientes del Bien?

Hizo un esfuerzo para contener su emoción, y después, con la faz más serena y la voz más firme, añadió, tendiendo los brazos y doblando la cabeza:

—¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Uno de los jóvenes embalsamadores, Omar-ben-Said, extendiendo los brazos, en un gesto casi de amenaza, replicó, con extridencias desdeñosas en la voz:

—¡Almanzur, tu corazón no siente la pérdida de Alí, el esclavo adolescente, sino los mordiscos, sordos y tenaces del remordimiento, por haberle amaestrado para el crimen, tomando como incentivo el santo nombre del Señor...!

¡Tu consejo, que él creyó santo, era sólo una acechanza culpable, merecedora del más atroz castigo...!

Tú obraste sólo a impulsos del fanatismo y no en aras de tu fe, pues solamente el fanatismo induce al error.

Almanzur, el fanatismo no es la fe.

La fe es dulce y suave como una caricia, y vence sólo por medios lícitos y caminos rectos.

La voz áspera y dura del mercader, añadió rudamente:

—Nosotros podíamos, viejo Almanzur, castigar tu crimen, y no lo hacemos porque esperamos que